

1^o Nuevo Mundo. Madrid, 14 noviembre 1914.

El ajedrez y el tresillo

—El otro día—me dijo—hablábamos de la estética y la lógica en la guerra, según que ésta se considere como arte ó como ciencia. En un artículo que acabo de leer en NUEVO MUNDO, artículo de Ramiro de Maeztu, y titulado «El pecado de Anatole France», he leído una frase de la que supongo has de poder sacar partido para tu tesis. La frase dice que «la torpeza psicológica de los alemanes es tan grande como su talento científico».

—En efecto, amigo—le contesté—he de sacar partido de ella. La psicología no es, dígame lo que se quiera, ciencia, sino arte. Eso que llaman ciencia psicológica es fisiología unas veces, estadística otras, pero verdadera psicología nunca. Lo que no puede reducirse á relaciones cuantitativas, á peso, número y medida, ó á combinaciones de forma, á geometría de posición—que la creó un alemán, Saudé, como sabes—todo eso no es, en rigor, ciencia, aunque la ciencia pueda y valga mucho en ello. Y la psicología se ejerce en lo más puramente cualitativo. La sensación del verde y la del rojo no son reductibles, aunque sus formas causales externas respectivas lo sean. Cualquier buen novelista, cualquier poeta, cualquier historiador artista es mejor psicólogo que Wundt.

—¿Pero eso no será negar la ciencia?—me adujo.

—No; al contrario—le contesté—es realzarla, poniéndola en su sitio. Para aplicar la ciencia hace falta arte, y el arte se ejerce con sentido estético. Llamar ciencia á la milicia es tan abusivo como llamar ciencia á la medicina. La medicina es la aplicación de un grupo de ciencias—fisiología, histología, patología, química, etc.—y no cabe burlarse demasiado del ojo clínico ú ojo de buen cubero, que es algo así como el oído de un buen músico. Y este oído, sin saber acústica ni tener idea lógica del número de vibraciones y de la comensurabilidad de ellas, aprecia, estéticamente, delicadísimos matices y fracciones de tono. Y en cuanto al gusto, no se ha descubierto todavía, que yo sepa, procedimientos de análisis químico que sustituyan, para apreciar el buqué de un vino al paladar de un buen catador. Y en la guerra, como en la medicina, y como

(4) (4)

O. C. Torro 12



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

en todo arte, hay un ojo clínico, un ojo de buen cubero, un oído de músico ó un paladar de catador que no se sustituye con todas las pedanterías pseudo-científicas de esos Estados Mayores compuestos, te lo

"IDEAL"
LAURETTE et P.



repito, más que de maestros en el arte de la guerra, de catedráticos en la ciencia de la milicia. Y estos señores suelen saber muy poco de psicología.

—Son—me interrumpió mi amigo— los que anuncian que van á dar jaque mate en veintisiete jugadas, en tal casilla y con tal peón, como si el otro no jugase también.

—En efecto—le dije—el jugador de ajedrez de ese tipo juega solo; no cuenta con el adversario ó estima á éste tan inferior á él que cree que, en teniendo la salida, le obligará á hacer todo lo que se propone. Es un jugador que se forma resolviendo lo que se llama problemas en el ajedrez. Para él no hay sino el tablero y las piezas—reyes, reinas, torres, caballos, alfiles, peones—blancos y negros. El otro jugador no cuenta y casi no existe. Y los hay que juegan de memoria, sin mirar al tablero.

—¿No has oído decir—me preguntó entonces interrumpiéndome—que los militares debían dedicarse al juego del ajedrez, y que es una excelente preparación gimnástica de la inteligencia para la estrategia y la táctica?

—Sí—le dije—he oído decir muchas tonterías, y entre ellas esa, sobre todo en la época en que padecí la enfermedad de la ajedricitis, que también yo pasé por ahí. Y, francamente, si se trata de aguzar la facultad psicológica, me parece mejor el tresillo, y acaso mejor el mus. En el tresillo hay que contar más, mucho más, con el conocimiento del adversario. Y además, entra en él un factor de azar, de suerte, que le eleva en dignidad, como juego artístico, sobre el ajedrez. Y bien sabes qué importancia tiene el elemento del azar.

—El cual—me replicó—se somete también á ciencia, mediante el cálculo de probabilidades.

—Sí—lo contesté—pero hay un instinto estético, un sentido artístico que aprecia también las probabilidades, y aunque en él caben no pocas supersticiones, tiene un evidente valor. Los jugadores de azar por oficio suelen ser supersticiosos, bien lo sé, pero no fío más que de su superstición de las profundas combinaciones del ajedrecista.

Autob.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



— Mejor acaso — me dijo — que aprender á jugar al ajedrez, ó al tresillo, ó al mus, harían los militares en seguir el consejo que aquel extraordinario general místico, Gordon, el que murió en Kartún, orillas del Nilo, sitiado por el Mahdi, los da en su *Diario*, en aquel hermosísimo diario, tan

lleno de espíritu, que llevaba durante el asedio. Allí dice que, en vez de la táctica de texto ó de libros de guerra, harían mejor los jóvenes oficiales en leer las *Vidas paralelas*, de Plutarco.

— Sí — le contesté — pero te dirán que ese general, uno de los hombres más extraordinarios que ha producido Inglaterra, tan fértil en ellos, en hombres, en hombres enteros y verdaderos, en hombres de carne y hueso, y no especialistas ó catedráticos pedantes, ayunos de sentido estético; te dirán, digo, que ese general Gordon fué... un místico. ¡Figúrate, un místico! ¡El colmo de la estética y del arte y hasta de la lógica! ¡Un místico! ¡Un general que en un *Diario* de campaña comenta pasajes bíblicos y diserta sobre la eficacia de la oración ó sobre la remisión de nuestros pecados por los méritos de la sangre del Cristo! ¡Esto es ya el colmo del esteticismo!

— Pero ese tipo del guerrero místico — me hizo notar mi amigo — se ha dado muchas veces, así como el del sacerdote belicoso.

— ¡Claro está! — exclamé — son las dos cosas que mejor se armonizan. Y volviendo á la observación de Maeztu sobre la torpeza psicológica, esto es, estética ó artística de los alemanes, te diré que ello explica un cierto fracaso de sus espías. Estos pueden enterarse de multitud de datos geográficos, topográficos, estadísticos de toda clase, pero del alma del país que espían se les escapa casi toda. Calcularán su riqueza, su industria, su comercio, sus recursos materiales, pero del estado de sus sentimientos sabrán poco ó se equivocarán respecto á él. Maeztu, en el artículo á que te referías, sostiene que acaso se han equivocado respecto al estado de alma de Francia, á su patriotismo, y que creyeron demasiado en el valor de las campañas antimilitaristas y antinacionalistas de Anatolio France, de Gustavo Hervé y de otros. Pues yo te digo que si mañana — lo que no es de creer — tuviesen guerra con nosotros, es fácil que se equivocaran á nuestro respecto...

— ¡Pero es que nos conocen? — me dijo.

— Creo que ni por el forro — le contesté —. Nos ignoran. Para ellos, como valor espiritual, ni existimos siquiera.



